Luis Pérez Simón, O.F.M.

CONOCER, AMAR, TESTIMONIAR LA FE

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE PENSAMIENTO—
MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © LUIS PÉREZ SIMÓN

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com
Fotografía de cubierta © Igo Stevanovic (shutterstock)

Primera edición: Enero 2015
I.S.B.N: 978-84-943165-8-6
Depósito legal: 978-84-943165-8-6
Impreso en España.

www.cuadernosdelaberinto.com

INTRODUCCIÓN

Dios nos ha dado el don de la fe en el Bautismo junto con la presencia del Espíritu, que nos capacita para que la transmitamos a los demás. Evangelizar es testimoniar a Jesucristo de una manera sencilla y directa. Jesús mismo es "el Evangelio de Dios" (Mc 1,1; Rm 1,1-3), y ha sido el más grande de los evangelizadores del Reino de Dios, que tiene como centro la salvación de los hombres, el don de Dios que los libera de toda opresión, particularmente librándolos del pecado y del maligno. En la Persona de Jesucristo se nos ha manifestado el amor de Dios, que nos ama y al cual hemos de amar, y que produce una gran alegría en quienes se entregan a su amor (EG 1). Jesucristo lo proclamó así de palabra y la fuerza de la Verdad.

Hoy no resulta fácil el anuncio de Cristo ni la proclamación de la Palabra de Dios en un mundo secularizado, donde reinan la incredulidad y la indiferencia, el materialismo y el relativismo absoluto. Esto es motivo de temor para los evangelizadores, que, por miedo o respeto a los demás, por no molestarlos, dicen como el profeta: *"¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar… No les tengas miedo"…* (Jer 1, 6-8). Pero la tarea es urgente ante la creciente descristianización de nuestra sociedad occidental. Por lo que habrá que decir con San Pablo: *"Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree"* (Rm 1,16). Además, el hombre tiene escondida una esperanza, tiene hambre y sed de Dios y de su Palabra, que es *"luz para su sendero"* (Sal 119,105). La fe cristiana se ha venido expresando bajo la metáfora de la luz: *Vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5,14), pero hoy el simbolismo de la luz de la fe es percibido como una oscuridad supersticiosa opuesta a la razón de los hombres. Es la gran paradoja que hay que afrontar.

Es obligación del cristiano evangelizar con su vida. Lo cual pide, primero, dejarnos evangelizar por la Palabra, conocerla por la lectura de la Biblia, orarla y amarla, para que nos lleve a Cristo (cfr. Lc 24,35), y, después, dar testimonio de ella con el ejemplo de la vida. Si es verdad que nunca fue fácil el diálogo entre fe y razón, hoy se ha vuelto más difícil todavía, hasta constituir un serio problema para la evangelización, por cuanto nos hallamos en una sociedad en gran parte espesa y resistente a la escucha —más aún a la acogida— de la Buena Noticia de Jesús, que dé vida y sentido en su Persona. El diálogo es dar y recibir. No cabe diálogo cuando una de las partes se muestra intransigente. Hace falta respeto, comprensión y amor. "La verdad testimoniada por la fe es

el amor… El creyente no es arrogante, sino humilde, pues sabe que más que poseer la verdad, es poseído por ella" (LF 34). El Evangelio —Jesucristo— es Vida, pero este mundo se resiste a la compasión de Jesús y se contenta más con convenciones sociales, construcciones culturales y productos de los hombres que con la fe en la realidad trascendente y la experiencia del amor de Jesucristo. Muchas personas rechazan reconocerse como criaturas, dependientes de un Creador, y proclaman su autonomía plena. La fe se funda en la resurrección del Hijo de Dios, que certifica que el amor de Dios es más fuerte que la muerte, el perdón que el pecado. La entrega de Jesús atestigua su amor increíble por los hombres.

Este ambiente constituye un serio obstáculo para la penetración de la fe, y se ha extendido incluso entre los agentes de la pastoral, que experimentan un desánimo ante la realidad "como tal", y que preferirían que ésta fuera de otro modo. A veces se corre el peligro de construir una vida paralela —la vida de Dios—, por un lado, y la vida del mundo, por otro. Los estudiosos del hecho nos advierten que "hemos de contar también con la malformación religiosa de una determinada transmisión de la fe y praxis pastoral que se ha creado en muchos cristianos". La realidad no se puede negar, sino que hay que trabajar con ella, como es, sin contentarnos con un mero barniz cultural sobre el pasado. La fe no es fatalismo ("todo está mal"), ni fundamentalismo ("a base de fuerza y rigor"), ni repliegue ("volver a lo seguro y a lo que protege"). El Evangelio nos hace ver que Jesús también tuvo que cuestionar la religión y la moral de su tiempo, y las relaciones con Dios. Es un aviso para pasar de la doctrina a la vida, de manera que la vida del hombre descanse en el misterio de un Dios, que no está lejos (Mt 11, 27-28; Hch 17,27-28). La secularización, la indiferencia religiosa, el rechazo por parte de las nuevas generaciones al mensaje (Evangelio, doctrina y prácticas) y a los mensajeros (Iglesia) en cuanto portadores de sentido y significación para la vida actual del hombre, son hechos que exigen un nuevo y serio examen de la fe para encontrar los resortes que la sostengan, para que no se apague… Vivimos en un tiempo cargado de incertidumbre e inseguridad, de zozobra, sin saber hacia dónde tirar. No sabemos cómo hacer visible el amor de Dios en un mundo que le ha dado la espalda. Hablamos de "nueva" evangelización, pero son precisos el compromiso y la respuesta. Ante una excesiva carga institucional, parece que pueden más las ambiciones del mundo que los caminos del Espíritu[1].

---

1 Revista *Sal Terrae*, 1.191 (2014) 557-561.

La verdad para el cristiano es el amor de Dios para con nosotros en Cristo, y esa verdad se expresa en la relación consigo mismo, con la historia, la cultura, la situación en que se vive. Pero esto no significa que sea relativa, variable, subjetiva. Y en la verdad se incluye la misericordia divina sin límites para cuantos se dirigen a él con corazón sincero y contrito, siempre que obedezcan a su conciencia, pues hay pecado incluso para quien, no creyendo, actúa contra la propia conciencia.

El Papa Benedicto XVI concibió el "año de la fe" como un motivo para renovar el entusiasmo por conocer a Jesucristo, la alegría de seguir su camino, y testimoniar el poder transformador de la fe. Lo expresó con estas palabras:

> "Que el *año de la fe* despierte el deseo de reapropiarse con alegría y gratitud el tesoro inestimable de la fe", pues debido al debilitamiento progresivo de los valores cristianos tradicionales y la amenaza de un tiempo en el que la fidelidad al Evangelio puede costarnos caro, la verdad de Cristo no necesita tan solo ser comprendida, expresada y defendida, sino también ser propuesta con alegría y confianza como la clave de la realización humana auténtica y del bienestar de toda la sociedad"[2].

A lo largo del año, en sus catequesis semanales, el Papa insistió con frecuencia en la necesidad de empezar por Dios y por la trascendencia para devolver al hombre su dignidad plena, por cuanto la cuestión de Dios responde a los interrogantes fundamentales y a las aspiraciones a la verdad, a la felicidad y a la libertad, que el hombre lleva en lo hondo de su corazón, para abrirse a la esperanza (Spe salvi, 1), así como para abrirse al encuentro con Dios es preciso encontrarse con personas que tienen fe y viven en relación vital con él (Deus caritas est, 1). Es necesario en nuestros días proponer con confianza la verdad de Cristo como una clave válida para que el hombre recobre su seguridad y su felicidad. Dios, su Palabra, es la roca firme (cf. Mt 7,24-25) a la que debe agarrarse el hombre para poder dar sentido y seguridad a su existencia insegura. El Espíritu nos abre al amor misericordioso y compasivo del Padre del cielo. "*La palabra está cerca de ti*" (Dt 30,14).

---

2 Benedicto XVI a los obispos de la Conf. Epis. Católica de USA, 18.5.12, en *Ecclesia* 3636-37 (2012) 26-27.

A lo largo de este libro estarán presentes las enseñanzas de los Papas Benedicto XVI y Francisco sobre la fe a lo largo del *año de la fe*.

1. LA FE COMO ENCUENTRO

La declaración del Capítulo General de la Orden Franciscana, tenido en Madrid el año 1973, dice en su número 5:

"En el corazón de la vida franciscana se encuentra la experiencia de fe en Dios en el encuentro personal con Jesucristo".

La fe de que se trata no es la conclusión de un razonamiento discursivo, ni una fe metafísica, sino la fe en el Jesucristo del Evangelio, con la que el hombre responde con todo su ser, alma y corazón, desde la experiencia que le viene de su búsqueda y relación con Dios, vivida tanto personal como comunitariamente. La fe dice relación a una persona en quien se pone la confianza, con la cual hay lealtad. Si tal relación no existe, se dará ausencia de fe.

La categoría de encuentro resulta productiva como ayuda para la comprensión de la fe. En efecto, la fe se nos muestra como un encuentro. Ha sido Dios quien ha salido al encuentro del hombre a lo largo de la historia de la salvación, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento: "*antiguamente habló Dios a nuestros padres por los profetas, en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo*" (Hb 1,1-2). Los evangelios narran una serie de encuentros de diversas personas con Jesús: el Bautista, los Magos, los Apóstoles, la samaritana, la Magdalena... En todos ellos, la persona que se encuentra con Jesús experimenta un impulso a salir de sí misma y a comenzar una vida nueva bajo la luz de la fe. La persona que ha sido tocada por esa luz proyecta su vida pendiente de Dios, intenta agradarlo y evitar cuanto le disgusta con tal de permanecer fiel a él; renuncia a sus criterios, confía en la bondad, misericordia y amor de Dios, y aprende la humildad y el camino de las bienaventuranzas. Se trata del encuentro con Jesús, que es la Palabra de Dios y su Evangelio, una Persona viva, y no una idea o un proyecto. En la escucha de esa Palabra, y en la acogida que se le presta, se verifica la adhesión a Dios en obediencia, que da paso al diálogo mutuo de confianza y amor, en lo que consiste fundamentalmente la fe. Creer significa "dar el corazón": "*Hemos creído en el amor*" (1Jn 4,16).

El encuentro nos habla de relación interpersonal, buscada y vivida, de

comunicación y diálogo, como experiencia de gratuidad. Y es una realidad compleja, que incluye y encierra diversos pasos: el *deseo* del mismo, como punto de partida, fuertemente sentido y estimulante, que nos pone en búsqueda; un tiempo *de espera*, intermedio entre la necesidad y su satisfacción, con su particular tensión, creadora de afinidad; momento del *encuentro* propiamente dicho, para comunicarse con la persona amiga, por su valor y atracción, sin más intereses, lejos de todo egoísmo; finalmente, sigue el *compromiso* acordado en el encuentro, que consiste en la dedicación a los deseos no realizados aún, cambio de vida, misión...[3] Lo vemos en la llamada de los apóstoles: se encuentran con Jesús, los llama, conviven con él, le formulan preguntas, contemplan sus milagros, poco a poco van siendo formados por el maestro, de modo que entran en su vida antes de creer. La fe surgirá en ellos cuando comprendan el misterio de su persona. Cuando Jesús les pregunte: "*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*". La respuesta de Pedro fue debida a la gracia, don de Dios, revelación del Padre.

El acto de fe es don de Dios, que ha tomado la iniciativa de salir al encuentro del hombre, y es respuesta del hombre a la Revelación de Dios, en la que él se da a conocer y manifiesta su designio de benevolencia. Es "dejarse cautivar por esta Verdad, que es Dios, una Verdad que es Amor" (S. Agustín; cf. DV 5). Dice la exhortación apostólica *La alegría del Evangelio:*

> "Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a él que vuelva a cautivarnos...pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial... Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida" (264-265).

Esta concepción ilumina toda la realidad, y exige en el hombre un cambio de mente, que llamamos "conversión" o "vuelta al Señor", por la que lo acogemos como fundamento estable de nuestra vida. Dios ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo, que es su Palabra y su manifestación visible (cf. Jn 1,18), de modo que quien "*lo ve, ve al Padre*" (cf. Jn 12,45). Del conocimiento brota el amor, que se hace seguimiento de Jesús, Dios y hombre, una Persona, no una idea ni un proyecto. En Jesús, el Hijo

---

3 Cf. Augusto Guerra, *Oración cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2.012, 59ss.

encarnado, los hombres somos hermanos que nos relacionamos personalmente con él con confianza y amor. Todo lo cual está contenido en el significado de creer: "creer que", "creer a", "creer en" (LF 18).

En este sentido escribe San Antonio de Padua:

> "Creer quiere decir dar el corazón a Dios. Quien da el corazón, lo da todo. Cree el que con corazón devoto se somete totalmente a Dios. El que no entregue su corazón a Dios no cree, y si no se lo da a Dios, necesariamente lo dará o al diablo o a la carne o al mundo" (Sermones 2231-2235). "La fe sin amor está vacía. La fe con amor es propia del cristiano. Nótese, pues, que una cosa es creer a Dios *(credere Deo)*, otra creerlo Dios *(credere Deum)* y otra creer en Dios *(credere in Deum)*. *Creer a Dios* es creer que cuanto él dice es verdad y esto lo hacen hasta los malos. *Creerlo Dios* es creer que él es Dios y esto lo hacen hasta los demonios. *Creer en Dios* es, creyendo, amarlo, creyendo, caminar hacia él, creyendo, permanecer unidos a él y formar un cuerpo con sus miembros" (S 1395. 2157).

De la misma manera se expresa la exhortación apostólica *La alegría del Evangelio* del Papa Francisco:

> "El gozo del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Cristo. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría" (n.1). "La oferta actual del consumo produce una tristeza que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada, (cerrada en sí, despreocupada de los demás)" (n.2). Y, citando a Benedicto XVI, dice: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (n.8). "Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada... cuando somos más humanos" (n.8).

La historia de la salvación, desde Adán hasta la Resurrección de Jesucristo, ha sido la manifestación de un "designio de benevolencia", de misericordia y de amor (Ef 1,3-14). La fe acompaña la vida de los hombres a través de la historia: Dios nos escogió y destinó a ser sus hijos en Cristo

antes de la creación. Existimos en su mente desde la eternidad y tal designio se hizo realidad con la encarnación. Nuestra existencia se debe a ese designio de amor de la razón eterna de Dios para con toda la humanidad, y no al azar. Suya fue la iniciativa, libre, gratuita, amorosa, que nos escogió en el Hijo, a quien puso por centro de todo lo creado, en quien existimos, en quien "recapituló todo" (San Ireneo), como "foco luminoso" que atrae todo hacia sí. En su autocomunicación en Cristo nos quiso divinizar y hacernos compañeros suyos (cf. 1Cor 2,9-10)[4]. Todo ello es la obra del Espíritu Santo que cumple las aspiraciones más profundas del hombre y su deseo de infinitud[5].

La fe es don sobrenatural de Dios que nace en nosotros de ese encuentro con él, y afecta a todo nuestro ser: inteligencia, sentimientos, corazón, voluntad, corporeidad, y a nuestras relaciones humanas, de modo que se convierte en luz y guía: "*He venido como luz del mundo*" (Jn 12,26); "*quien cree, ve*" (Jn 11,40). De esta manera, la fe se introduce y penetra nuestra vida y la transforma, por cuanto, lejos de ser algo ajeno a la vida concreta, es su alma. Sentirnos y sabernos amados por Dios es lo que da pleno sentido a nuestra vida. Necesitamos conocer a Dios, encontrarnos con él en Jesucristo, amarlo, confiar en él. La fe dice relación con Dios, que es Padre, fuente de vida, creador de todo (cf. Rm 4,17; LF 4, 8,11). La fe designa un comportamiento humano determinado por la llamada de Dios, que se da en la vida a través de la acción divina —bien que oculta—, reclamando un comportamiento ante Dios, que hace que tomemos en serio el presente y nos abramos al futuro, confiados en las promesas de Dios.

La certeza de la resurrección de Jesús, no como simple vuelta a la vida anterior, sino como la novedad sustancial del "paso a una vida no sujeta ya a la caducidad del tiempo, sino a una vida inmersa en la eternidad de Dios" (Benedicto XVI), es el fundamento de la fe de la Iglesia, la alegre nueva de tenerlo siempre a su lado, el impulso a vivir siempre de modo pascual la alegría de Jesús Resucitado, cuyo Espíritu nos impulsa a los creyentes a anunciar y testimoniar el Evangelio para que todos los hombres formemos la comunidad de Jesús, bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del

---

4 Cf. San Juan Crisóstomo, *In Ephesios,* PG 62, 11.

5 Cf. Benedicto XVI, en *Ecclesia* 3653 (2012) 28-29; Cf. San Buenaventura, *Breviloquium*, prólogo, *Opera omnia* V, 201s.

Espíritu Santo. En este sentido, conviene que nos interroguemos: ¿Qué me dice a mí hoy mi fe, cómo me afectan sus contenidos, cómo orienta mi vida? El acto de fe une en sí el aspecto subjetivo de la fe —lo que cada uno pone de su parte al creer— y el aspecto objetivo de esa fe —la verdad contenida en su enunciado—, de modo que ambos aspectos integrados marquen el ser y el pensar, la rectitud de la acción y del decir.

Porque cabe el peligro de una fe puramente intelectual, una vida informada por el conocimiento, mientras que la fe teologal es, más que conocimiento de verdades, una síntesis de inteligencia y de amor, un acto personal de entrega al "tú" de otra persona, para conocerla, amarla, encontrarse con ella y participar de su ser y de su vida, simpatía (empatía) y amor. Primero creemos en Dios y a Dios, luego aceptamos sus verdades. De este modo la fe cristiana es relación entre personas, Dios y el hombre. Creo y acepto lo que me dice.

Una primera dificultad respecto de la fe le viene al hombre de la *cultura actual*. El secularismo, el conocimiento más profundo del ser del hombre y la confianza en su capacidad para construir un futuro, han habituado al hombre a quedarse con lo inmediato y con lo que da seguridad, aun cuando a veces sea irracional; acostumbrado a lo visible y tangible, olvida fácilmente la existencia de las realidades que superan su experiencia, que son precisamente aquellas de las que se ocupa la fe, como es la relación con Dios como Padre y fuente de vida, creador de todo (Rm 4, 17). Se respira un ambiente que no invita a elevarse o trascenderse. El hombre no se fía del mundo sobrenatural. Vivimos dentro de una cosmovisión cerrada y materialista, en la que domina un pensamiento poseído por el prejuicio del "dios enemigo del hombre", que limita sus facultades. En semejante terreno no puede crecer la semilla, no puede haber fe, porque la tierra (el corazón) no es fértil (cf. Mt 4,20). Se piensa en un Dios separado de nuestras relaciones concretas. "Su amor no interviene en el mundo, cuando es precisamente su amor el que determina nuestro destino final" (LF 17).

Cuando esto sucede, la fe aparece problemática, como interrogante más que como evidencia. No estamos ya en una sociedad totalmente cristiana, donde todo se mira desde la fe y la religión. Tampoco parece suficiente la herencia religiosa para cultivar la fe, sino que se exige el compromiso personal con la fe, que es razonable y responsable, y es preciso dar razón de ella (cf. 1Pe 3,15). Para muchas personas de la sociedad actual, el

mundo sobrenatural, Dios, Jesucristo, la revelación y sus misterios, son como una especie de mitos; miran el mundo de la fe como algo que ha sido superado, un mundo trasnochado, sumiso. A lo cual hay que añadir el fenómeno del ateísmo, teórico y práctico, en la vida personal y social, causado por la filosofía y ciencias del hombre; el relativismo, indiferentismo, abandono de la fe dentro de la Iglesia, el antitestimonio... La fe no niega los datos serios que aporta la ciencia. Creer no es no saber. Sencillamente, creemos otras cosas que caen fuera de la experiencia ordinaria y natural. La razón humana es capaz de cerrarse sobre sí misma, y también de abrirse al misterio, y al Ser sobrenatural. Los creyentes somos "los pequeños" del Evangelio (Mt 11,25), no "los sabios de este mundo" (1Cor 1,18-25). Para los creyentes, la fe guarda su sentido en campos muy personales, en dimensiones de libertad, de amor y de trascendencia. Si, a veces, la fe heredada puede estar adormecida, entonces se exige una profunda conversión del corazón, un esfuerzo continuado de fidelidad. Cuando la fe experimenta una sensación de vacío, o se pierde el sentido, porque tal vez se valora menos lo religioso, o se queda uno en lo superficial o en lo funcional y sin relación personal, entonces es el momento de recordar algunos criterios evangélicos, como "*donde dos o más estéis en mi nombre*" (Mt 18,20), o "*lo que hicisteis a uno de estos pequeños*" (Mt 25,40), para pasar de la fe teórica a la fe práctica en el sentido de compromiso, solidaridad, sinceridad, honradez, experiencia sobrenatural, esperanza, alegría, amor. El mundo secularizado necesita ver que la fe no es una superestructura innecesaria, sino, más bien, un modo de vivir y de orientar la realidad presente hacia Dios, en el sentido de solicitud por el hombre, luchando por la justicia y contra el mal, con confianza en el hombre y en sus valores, como posibilidad de abrirse al Creador, que le ha prometido la salvación trascendente. De ahí que "la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyan un desafío pastoral importante" (EG 102), y "la necesidad de un laicado que posibilite una adecuada penetración del Evangelio en la sociedad actual" (Christifideles laici, n. 3, 64). A este respecto, es preocupante la creciente descristianización que se está dando en la sociedad: bautizados que abandonan sus compromisos bautismales, abandonan las prácticas religiosas, se alejan de la Iglesia; familias desestabilizadas, rotas, en nuevas situaciones... ¿Qué hacer con ellos, quién los acompaña? No parecen suficientes en muchos casos las normas canónicas para solucionarlos. La sociedad sigue otros caminos.

Si, según el axioma filosófico *"Unum, verum, bonum, pulchrum convertuntur"*, las propiedades del ser "unidad, verdad, bondad y belleza se identifican entre sí", es decir, "se trata de realidades que van juntas, o de dimensiones que van siempre entrelazadas, no separadas. Si una cosa es verdadera, es buena y bella; si es bella, es buena y es verdadera; y si es buena, es verdadera y es bella"[6], el hombre necesita conocer, tener verdad, vivir en la verdad. Por ello, el conocimiento de la verdad está en el centro de la fe. Hace falta recuperar hoy la conexión entre fe y verdad. Para el creyente la verdad es Jesucristo, Palabra del Padre: "*Tu palabra es verdad*" (Jn 17,17). Porque Dios es fiel (fiable), es razonable tener fe en él, tenerlo como fundamento de nuestra vida. Si la fe no tuviera verdad, sería una ilusión, una fábula. De la unión intrínseca entre fe y verdad sale la fuerza capaz de ofrecer una nueva luz, que es la que responde a las verdades del individuo, haciéndolo ser auténtico con lo que siente de sí mismo. No se puede reducir la verdad a lo que nos ofrece la técnica. Hay una verdad superior, más grande, que explica la vida personal y social, y es la que libra al hombre del relativismo. Es también la que el cristiano ofrece a todos como su contribución al bien común (LF 23-25). Es el conocimiento propio de la fe, que "*cree con el corazón*" (Rm 10,10), o sea, que compromete el centro mismo de su persona, pues la fe conoce por estar vinculada al amor, que trae nueva luz, cuando se acoge a Dios y su amor, y el amor se hace camino intelectual y moral en presencia del Espíritu.

Hay que pensar también la relación que existe entre amor y verdad. Se habla a veces de la fe como una forma de enamoramiento, que, cuando es subjetivo, no vale para todos, ya que el amor no es un sentimiento vago, que va y viene. El amor perdura cuando se funda en la verdad y unifica todos los elementos de la persona. Amor y verdad se reclaman. La fe bíblica nace del amor de Dios, que establece alianza, ilumina un camino en la historia, tejido de verdad y fidelidad. Así lo da a entender la historia de Israel, que sirve como modelo para todos los pueblos (LF 26-28). Todo esto sin olvidar que para acoger la fe hace falta la gracia de Dios (DV 5); que la fe es don de Dios y acto libre y humano, nada contrario a la libertad ni a la inteligencia del hombre (CIC 154). El acto de fe es personal, que sale de lo profundo del ser, por el que la existencia recibe una orientación nueva. Ésta es la nota de racionalidad de la fe. Un conocimiento que es *sabiduría*

---

6 Papa Francisco, en *Ecclesia* 3.731 (2014) 33.

(sapere), que da gusto a la vida, un modo jubiloso de estar en el mundo, en la entrega, la solidaridad, la caridad.

Decir que la fe es racional, o razonable, significa rechazar el fideísmo, que es creer contra la razón. Dios es misterio, que sobrepasa la razón del hombre, pero no es irracional; es como el sol, aunque a veces nos deslumbra. Con su gracia ilumina, abre horizontes. Por eso, la fe estimula a buscar, como recuerda San Agustín: "Comprende para creer y cree para comprender"[7]. La fe invita también a pensar: *"Fides quaerens intellectum"*, como dice San Anselmo[8]. La razón humana puede conocer con certeza la existencia de Dios[9]. San Pablo (1Cor 1,22-23) habla de una sabiduría divina, que salva al mundo no por el poder, sino por la humillación, con la razón propia de la cruz, que no es algo irracional, sino un hecho salvífico, que posee su propia racionalidad, que reconoce la fe, frente a la obstinación de los hombres (Rm 1,20). La fe no se opone a la razón, sino que entre ambas se dan relaciones amistosas. La ciencia pone verdades al servicio del hombre, con que puede hacer más habitable la creación. La ciencia puede también ayudar a descubrir el designio de Dios (CIC 216). La fe cristiana anuncia la verdad del amor total de Dios, manifestado en Cristo, e invita a todos a vivir ese amor permaneciendo en la luz. La fe y la razón se refuerzan mutuamente (FR 61.62).

La fe se describe también como "escucha y visión". San Pablo dice que la fe viene por la escucha: "*Fides ex auditu*" (Rm 10,17). Da a entender que la fe reconoce la voz, la acoge y la sigue. Y en este sentido se hace obediencia, la "*obediencia de la fe*" (Rm 1,5; 16,26). A la escucha de la Palabra se une también el deseo de "*ver el rostro de Dios*". Es muy frecuente en San Juan la conexión "ver-escuchar". Creer es escuchar y ver (Jn 10,3-5). Unas veces la visión precede a los signos (Jn 11,45), otras es la fe la que lleva a la visión profunda (Jn 11,40), otras van entrelazadas (Jn 12,44-45). La síntesis total se realiza en la persona de Jesús, visible y audible (Jn 1,14), por el misterio de la Encarnación. En nuestra vida tenemos que integrar la fe como luz y visión: luz de una palabra que quiere reflejarse en nuestro rostro y resplandecer desde dentro de nosotros. Nuestro deseo de la visión global se cumplirá cuando el hombre "vea y ame". La fe es luz del amor. La

7 *Discurso* 43: PL 38, 258
8 *Proslogium*.
9 Concilio Vaticano I, DH 3005.

verdad no se impone. La fe no es intransigente. La verdad hace humildes (LF 29-32)[10].

La fe es un don para entrar en el misterio de Dios y en el mensaje que él ha confiado a su Iglesia. Los signos de Dios se hacen legibles desde el Evangelio, a la luz de la fe que nace de la palabra. La fe de los hombres, responsable y libre, no es primaria, sino secundaria, como respuesta a la llamada que Dios dirige por medio de su Iglesia y en medio de ella. "¿Qué pides a la Iglesia?", se nos pregunta en el Bautismo. Y pedimos el don de la fe. Los creyentes somos "creatura verbi", lo cual pide de nosotros que encarnemos la religiosidad, que le demos significatividad, que seamos testigos vivientes de Jesucristo, "el Señor", que es la Verdad que nos hace libres (Jn 8,32). La palabra de Dios nos mete en el mundo de Dios; crea en nosotros unas relaciones con él que dan lugar "al mundo interior", donde se vive la vida teologal como conocimiento y amor, como entrega al amado, que pide que lo amemos preferencialmente como "*el único necesario*" (Lc 10,42). Buscar los signos de la presencia de Dios en este mundo, en el que Jesús vive presente y actúa en el corazón del hombre. Necesidad de la escucha.

La cultura actual piensa que Dios está "más allá", separado de nuestras relaciones concretas. "Si su amor no interviniese en el mundo, Dios sería un ser poderoso, real, pero no sería amor. Es su amor el que determina nuestro destino final" (LF 17). Necesitamos, pues, estar abiertos, tener esperanza y confianza, virtudes relacionadas con la fe; desear algo más que el "pan material". La fe consiste en encomendarse a Dios confiadamente. La obra de la inculturación de la fe pretende que el Evangelio sea incorporado en la cultura de cada momento histórico, de manera que toda la realidad humana pase a formar parte del Cuerpo de Cristo y el hombre se salve. La revelación que Dios ofrece al hombre llega a éste por el camino del diálogo (reflexión, razonamiento), y en el encuentro entre ambos acontece la verdad. Dios invita al hombre para que entre en su vida. Si el hombre acoge, seguirá la conversión, por la cual irá reestructurando su vida —entre luces y sombras— a la luz de la verdad recibida.

---

10 Dice San Agustín: "No se entra en la verdad, si no es por el amor". *Contra Fausto*, 32, 18.